



LIBRO OCTAVO.

CAPÍTULO I.

Gil Blas adquiere un buen conocimiento, y logra un empleo que le consuela de la ingratitud del conde Galiano. Historia de Don Valerio de Luna.



OMO en todo este tiempo no habia oido hablar de Nuñez, discurrí habria ido á divertirse á algun lugar. Luego que pude andar, fuí á su casa, y supe que en efecto hacia tres semanas estaba en Andalucía con el duque de Medinasidonia.

Al despertarme una mañana me ocurrió á la memoria Melchor de la Ronda, y me acordé que le habia ofrecido en Granada ir á ver á su sobrino si algun dia volvía á Madrid; y queriendo cumplir mi promesa aquel mismo dia, me informé de la casa de Don Baltasar de Zúñiga, y pasé á ella. Pregunté por el Señor José Navarro, que no tardó en presentarse: habiéndole saludado y dicho quien era, me recibió atenta mente, pero con frialdad; suerte de que no podia conciliar aquel recibimiento indiferente con el retrato que me habian hecho de este repostero. Iba á retirarme con ánimo de no volver á hacerle otra visita, cuando mostrándome de repente un semblante apacible y risueño, me dijo con mucha espresion:—¡Ah, Señor Gil Blas de Santillana! suplico á vd. me perdone el recibimiento que le he hecho. Mi memoria tiene la culpa de que yo no haya manifestado el buen afecto con que estoy dispuesto á favor de vd.: se me habia olvidado su nombre, y ya no pensaba en el caballero que me recomendaban en una carta que recibí de Granada hace mas de cuatro meses.

Permitidme que os abrace, añadió, estrechándome lleno de gozo; mi tío Melchor, á quien estimo y venero como á mi propio padre, me encarga encarecidamente que, si por acaso tengo la honra de ver á vd., le trate como si fuera vd. su hijo, y emplee, en caso necesario, mi valimiento y el de mis amigos en obsequio de vd. Me hace un elogio del buen corazon y talento de vd. en tales términos, que aun cuando no me moviera á ello su recomendacion, me empeñaria en servirle. Míreme vd., pues, le suplico, como á un hombre á quien mi tío por su carta ha comunicado toda la inclinacion que le profesa: franqueo á vd. mi amistad; no me niegue la suya.

Respondí con el agradecimiento debido á la cortesía de José; y en el mismo instante contragimos una estrecha amistad, siendo ambos francos y sinceros. No dudé descubrirle el triste estado de mis asuntos, y apenas lo oyó cuando me dijo:—Me encargo del cuidado de acomodar á vd., y entre tanto no deje vd. de venir á comer conmigo todos los dias, que tendrá mejor comida que en la posada donde está.

La oferta halagaba demasiado á un convaleciente escaso de dinero y enseñado á los buenos bocados, para que yo la desechase: aceptéla, pues, y me repuse tanto en aquella casa, que á los quince dias tenia ya una cara de monge bernardo. Parecióme que el sobrino de Melchor hacia en aquella casa su agosto; ¿pero cómo no lo haria, teniendo á un mismo tiempo tres empleos, pues era gefe de la reposteria, de la cueva y de la despensa? Ademas, y sin perjuicio de nuestra amistad, yo creo que él y el mayordomo estaban muy bien avenidos.

Ya estaba yo perfectamente restablecido, cuando viéndome un dia mi amigo José llegar á casa de Zúñiga para comer, segun mi costumbre, me salió á recibir, y me dijo con alegria:—Señor Gil Blas, tengo que proponeros un acomodo muy bueno: sepa vd. que el duque de Lerma, primer ministro de la corona de España, para entregarse enteramente al despacho de los negocios del estado, confia el cuidado de los suyos á dos personas: para recaudar sus rentas ha escogido á Don Diego de Monteser, y ha encargado la cuenta del gasto de su casa á Don Rodrigo Calderon. Estos dos confidentes ejercen sus empleos con una autoridad absoluta, y sin depender uno de otro. Don Diego tiene regularmente á sus órdenes dos administradores que hacen las cobranzas; y como supe esta mañana que habia despedido á uno de ellos, fuí á pedir su plaza para vd. El Señor de Monteser, que me conoce, y de quien me precio ser estimado, me la ha concedido sin dificultad por los buenos informes que le he dado de las costumbres y capacidad de vd., y hoy despues de comer iremos á su casa.

Así lo hicimos: fuí recibido con mucho agrado, y colocado en el em-

pleo del administrador que habia sido despedido, el cual consistia en visitar nuestras granjas, repararlas, cobrar sus arrendamientos, y en una palabra, mi incumbencia era cuidar de los bienes del campo. Todos los meses daba mis cuentas á Don Diego, quien, á pesar de todo el bien que le habia dicho mi amigo de mí, las ecsaminaba con mucha atencion; pero esto era lo que yo queria, porque aunque mi rectitud habia sido tan mal pagada en casa de mi último amo, estaba resuelto á conservarla siempre.

Supimos un dia que se habia pegado fuego á la quinta de Lerma, y reducido á cenizas mas de la mitad, y con esta noticia inmediatamente pasé á ella á reconocer el daño. Habiéndome informado puntualmente de las circunstancias del incendio, formé una estensa relacion de ellas, que Monteses manifestó al duque de Lerma. El ministro, á pesar del sentimiento que tenia de saber tan mala nueva, admiró la relacion, y no pudo menos de preguntar quién era su autor. Don Diego no se contentó con decírselo, sino que le habló tan á favor mio, que pasados seis meses se acordó S. E. de esto con motivo de una historia que voy á contar, y sin la cual puede ser que jamas hubiera yo logrado empleo en la corte. Esta historia es la siguiente:

En la calle de las Infantas vivia entonces una señora anciana, llamada Inesilla de Cantarilla, cuyo nacimiento no se sabia á punto fijo: unos decian era hija de un guitarrero, y otros de un comendador de la orden de Santiago. Fuese lo que fuese, ella era una persona admirable, pues la naturaleza le habia concedido el singular privilegio de hechizar á los hombres durante el curso de su vida, que subsistia aun despues de quince lustros cumplidos. Habia sido el ídolo de los señores de la corte antigua, y se veia adorada de los de la nueva: el tiempo, que no respeta la hermosura, trabajaba en vano en disminuir la suya: la marchitaba, sí; pero no le quitaba el poder de agradar. Un semblante noble, un entendimiento embelesador, y muchas gracias naturales, le hacian escitar pasiones hasta en su vejez.

Don Valerio de Luna, caballero de veinte y cinco años, y uno de los secretarios del duque de Lerma, visitaba á Inesilla, y quedó enamorado de ella: declaróle su pasion, y siguió la liebre con todo el ardor que el amor y la juventud son capaces de inspirar. La señora, que tenia sus motivos para no querer condescender con sus deseos, no sabia qué hacerse para contenerlos. No obstante, creyó un dia haber encontrado arbitrio para ello, haciendo pasar al jóven á su gabinete, donde, enseñándole un relox que estaba sobre una mesa, le dijo:—Ved la hora que es: hoy hace setenta y cinco años que nací á la misma: á fe que me caerian bien los amores en esta edad. Volved, hijo mio, en vos mismo, y aho-



gad unos sentimientos que no convienen ni á vos ni á mí. A esta reconvenccion juiciosa, el caballero, á quien no hacia fuerza la razon, respondió á la señora con toda la impetuosidad de un hombre poseido de los movimientos que le agitaban:—Cruel Ines, ¿por qué recurris á esos frívolos artificios? ¿Pensais que pueden haceros otra á mis ojos? No os lisonjeis con una esperanza tan engañosa; ya seais tal cual os veo, ó ya mi vista padezca alguna ilusion, yo no he de cesar de amaros.—Pues bien, replicó ella: una vez que con tanta porfia quereis continuar con vuestra pretension, hallareis de aquí en adelante cerrada mi puerta; y así os prohibo y os mando que jamas os presenteis á mi vista.

Acaso se creerá que, en virtud de esto, turbado y confuso Don Valerio de lo que acababa de oír, se retiró cortesmente; pero sucedió todo lo contrario, pues se hizo mas importuno. El amor hace en los enamorados el mismo efecto que el vino en los borrachos. El caballero suplicó, suspiró, y pasando repentinamente de los ruegos á la violencia, intentó lograr por fuerza lo que no podia obtener de otro modo; pero la señora, rechazándole con valor, le dijo irritada:—Detente, temerario, voy á refrenar tu loco amor: sabe que eres hijo mio.

Atónito Don Valerio de oír semejantes palabras, suspendió su atrevimiento; pero discurriendo que Inesilla decia aquello para librarse de su solicitud, le respondió:—Vos inventais esa fábula para huir de mis deseos.—No, no, interrumpió ella: te revelo un secreto que siempre te hubiera ocultado, si no me hubieras reducido á la necesidad de declarártelo. Veinte y seis años hace que amaba á Don Pedro de Luna, tu padre, que era entonces gobernador de Segovia; tú fuiste el fruto de nuestros amores: te reconoció, te hizo criar con cuidado; y ademas de que no tenia otro hijo, tus buenas prendas lo estimularon á dejarte caudal. Yo por mi parte no te he desamparado: luego que te ví ya metido en el trato del mundo, he procurado atraerte á mi casa para inspirarte aquellos modales corteses que son tan necesarios en una persona fina, y que solo las mugeres pueden enseñar á los caballeros mozos: y aun he hecho mas, he empleado todo mi valimiento para colocarte en casa del primer ministro: en fin, me he interesado por tí como debia hacerlo por un hijo. Sabido esto, mira lo que determinas: si puedes purificar tus sentimientos, y mirarme solo como á una madre, no te echaré de mi presencia, y te amaré tan tiernamente como hasta aquí: pero si no eres capaz de hacer este esfuerzo, que la razon y la naturaleza ecsigen de tí, huye al momento y líbrate del horror de verte.

Mientras Inesilla hablaba de esta suerte, guardaba D. Valerio un triste silencio: nadie hubiera dicho sino que llamaba en su auxilio á la vir-

tud para vencerse, á sí mismo; pero esto era en lo que menos pensaba. Meditaba otro designio, y preparaba á su madre un espectáculo muy diverso, porque, viendo que era insuperable el obstáculo que se oponia á su felicidad, se rindió cobardemente á la desesperacion; y sacando la espada, se atravesó con ella. Se castigó como otro Edipo, con la diferencia de que al Tébano le cegó el dolor de haber consumado el crimen, y el castellano al contrario, se atravesó de sentimiento de no haberle podido cometer.

El desgraciado Don Valerio no murió al instante: tuvo tiempo de arrepentirse y pedir al cielo perdon de haberse quitado la vida á sí mismo. Como por su muerte quedó vacante el empleo de secretario en casa del duque de Lerma, este ministro, que no habia echado en olvido la relacion que escribí del incendio, ni el elogio que de mí se le habia hecho, me eligió para sustituir á este jóven.



CAPÍTULO II.

Presentan á Gil Blas al duque de Lerma, quien le admite por uno de sus secretarios. Este ministro le señala el trabajo que ha de hacer, y queda gustoso de él.



ONTESER me participó esta agradable noticia, diciéndome:—Amigo Gil Blas, siento os separeis de mí; pero como os estimo, no puedo menos de alegrarme seais sucesor de Don Valerio. Hareis fortuna si seguis dos consejos que voy á daros: el primero es, que os mostreis tan adicto á S. E., que no dude que le profesais el mayor afecto; y el segundo, que hagais la corte á Don Rodrigo Calderon, porque este hombre maneja el ánimo de su amo como una blanda cera. Si teneis la dicha de agradar á este secretario favorito, me atrevo á aseguraros con certidumbre que subireis mucho en poco tiempo.

Dí las gracias á Don Diego por sus saludables consejos, y le dije:—Hágame vd. el favor de esplicarme el carácter de Don Rodrigo, porque he oido decir que es un sugeto nada bueno; pero aunque alguna vez el pueblo acierta en sus juicios, no me fio de las pinturas que suele hacer de las personas que están en candelero. Sírvase vd., pues, decirme lo que piensa del señor Calderon.—Asunto es delicado, me respondió el apoderado con una sonrisa maligna: á cualquiera otro le diria sin detenerme que es un hidalgo honrado, de quien no se podria decir sino bien; pero con vos quiero ser franco, porque ademas de que conozco vuestra prudencia, me parece debo hablaros claramente de Don Rodrigo, pues os he avisado que debiais guardarle miramientos: de otro modo no haria mas que servirlos á medias.

Ya sabeis, pues, prosiguió, que era un simple criado de S. E., cuando todavía no era este mas que Don Francisco de Sandoval, y que por grados ha llegado á ser su primer secretario. No se ha visto nunca hom-